

preguntase á la criatura.—En punto á porvenir, no creo mas que en Dios, en la libertad y en la virtud. — No importa, me dijo, crea vm. lo que quiera; yo en cuanto á mí, veo evidentemente que vm. ha nacido bajo la influencia de tres estrellas prósperas, poderosas y buenas, que le han dotado de cualidades análogas, y le conducen á un fin que yo podria, si quisiera, indicar á vm. hoy mismo. — Dios le trae á vm. aquí para iluminar su alma; vm. es uno de esos hombres de deseo y de buena voluntad que él necesita, como instrumentos, para las obras maravillosas que pronto va á consumir entre los hombres. — ¿Cree vm. que ya ha llegado el reinado del mesías? — He nacido cristiano, le dije; con esto le respondo á vm. — ¡Cristiano! replicó frunciendo ligeramente el ceño; — yo tambien soy cristiana, pero el que vm. llama Cristo ¿no ha dicho: — « Yo os hablo todavía por parábolas, pero el que ha de venir despues de mí os hablará « en espíritu y en verdad? » — ¡Pues bien, ese es el que aguardamos! ¡Ese es el mesías que no ha venido aun, que no está lejos, que veremos con nuestros ojos, y para cuya venida todo se prepara en el mundo! — ¿Qué responderá vm.? ¿Y como podrá vm. negar ó retorcar las palabras mismas de su evangelio que acabo de citarle? ¿Qué motivos tiene vm. para creer en Cristo?—

Permítame vm., milady, repuse; que no entre con vm. en semejante discusion, en que tampoco entro conmigo mismo. — Hay dos luces para el hombre; una que ilumina la mente, que está sujeta á la discusion, á la duda, y que muchas veces no conduce mas que al error y al extravío; otra que ilumina el corazón, y que nunca engaña, porque es juntamente evidencia y conviccion, y para nosotros, míseros mortales, la verdad no es mas que una conviccion. ¿Dios solo posee la verdad de otro modo y como verdad; nosotros no la poseemos mas que como fé!—Yo creo en Cristo, porque ha traído á la tierra la doctrina mas santa, mas fecunda y mas divina que ha deparado jamas su luz sobre la inteligencia humaná.— Una doctrina tan celestial no puede ser el fruto de la ilusion y de la mentira. — Cristo lo ha dicho como lo dice la razon. — Las doctrinas se conocen por su moral, como el arbol por sus frutos; los frutos del cristianismo, —hablo de sus frutos venideros mas aun que de sus frutos ya recogidos y corrompidos, son infinitos, perfectos y divinos; — luego la doctrina en sí misma es divina; — luego su autor es un verbo divino, como él se llamaba á sí mismo. — He aquí porqué soy cristiano, hé aquí toda mi controversia religiosa conmigo mismo; con los demas no tengo ninguna; — no se le prueba al

hombre sino lo que ya cree. — Pero en fin, repuso lady Ester, ¿encuentra vm. el mundo social, político y religioso bien ordenado? ¿Y no siente vm. lo que todos sienten, la falta, la necesidad de un revelador, de un redentor, del mesías que aguardamos y que ya vemos en nuestros deseos? — ¡Oh! en cuanto á eso, le dije, esa es ya otra pregunta. Nadie mas que yo padece y gime oyendo el gemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades: nadie declara mas sin rebozo los enormes abusos sociales, políticos y religiosos; nadie desea ni espera mas un reparador de esos intolerables males de la humanidad; nadie está mas convencido de que ese reparador ha de ser necesariamente divino! — Si á esto llama vm. esperar un mesías, le espero como vm., y mas que vm. suspiro por su próxima aparicion; como vm., y mas que vm., veo, en las vacilantes creencias del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazon, en la depravacion de su estado social, en los repetidos sacudimientos de sus instituciones políticas, todos los síntomas de un trastorno, y por consiguiente de una cercana é inminente renovacion. Creo que Dios se manifiesta siempre en el momento preciso en que todo lo que es humano es insuficiente, en que el hombre confiesa que nada puede para sí mismo. A esa situacion ha lle-

gado el mundo; creo pues en un mesías cercano á nuestra época, pero en ese mesías no veo á Cristo, que nada mastiene que darnos en punto á virtud y verdad; veo al que Cristo ha anunciado que vendrá despues de él, — á ese espíritu santo, siempre en accion, siempre asistiendo al hombre, siempre revelándole, segun el tiempo y las necesidades, lo que debe hacer y saber. — Que ese espíritu divino se encarne en un hombre ó en una doctrina, en un hecho ó en una idea, poco importa; siempre es él; hombre ó doctrina, hecho ó idea, espero en él y le aguardo, y mas que vm., milady, le invoco! Ya ve vm. que podemos entendernos, y que nuestras estrellas no son tan divergentes como ha podido hacérselo á vm. creer esta conversacion. — Sonrióse oyendo esto, y sus ojos, á veces algo sombríos mientras me oia confesarle mi racionalismo cristiano, se iluminaron con una ternura de mirada y una luz casi sobrenatural. — Crea vm. lo que quiera. me dijo, no por eso deja vm. de ser uno de aquellos hombres que yo esperaba, que la Providencia me envia, y que tienen una gran parte de trabajo reservado en la obra que se prepara: pronto volverá vm. á Europa; la Europa acabó; la Francia solo tiene una gran mision que cumplir aun; vm. tendrá parte en ella, no sé todavía cómo, pero puedo decírselo á vm. esta noche, cuando

haya consultado sus estrellas. — Todavía no sé los nombres de todas; ahora veo mas de tres; cuatro distingo, acaso cinco, y, ¿qué sé yo? mas aun. Una de ellas es seguramente Mercurio, que da la claridad y el color á la inteligencia y á la palabra: vm. debe ser poeta: eso se lee en sus ojos de vm. y en la parte superior de su rostro; mas abajo, está vm. bajo el imperio de astros enteramente diferentes, casi opuestos; hay una influencia de energía y de accion; tambien hay algo de sol, añadió de repente, en la postura de su cabeza de vm. y en el modo como la inclina vm. sobre el hombro izquierdo. — Dé vm. gracias á Dios; hay pocos hombres que hayan nacido bajo mas de una estrella, pocos cuya estrella sea próspera, menos aun cuya estrella, aunque sea favorable, no esté equilibrada por el influjo maligno de una estrella opuesta: vm., por lo contrario, tiene muchas, y todas están en armonía para servirle, y todas se ayudan entre sí en su favor. — ¿Cual es su nombre de vm.? — Se lo dije. — ¡Nunca le habia oido! repuso con él acento de la verdad. — He ahí, milady, lo que es la gloria. — He compuesto algunos versos en

* Sin embargo la carta que le escribió el autor probablemente iria firmada. A la cuenta lady Ester, que, á lo que parece, estaba algo tocada de la cabeza, lo habria olvidado. — N. del T.

mi vida que han hecho repetir un millon de veces mi nombre por todos los ecos literarios de Europa; pero ese eco es demasiado debil para atravesar sus mares y sus montañas de vm., y aquí soy un hombre enteramente nuevo, un hombre completamente desconocido, un nombre nunca pronunciado! Eso mismo me hace mas lisonjera la benevolencia que vm. me prodiga, pues no la debo mas que á vm. y á mí.—Si, me dijo, poeta ó no, vm. me es simpático y espero en vm.: ¡nos volveremos á ver, esté vm. seguro! Vm. regresará al Occidente, pero no tardará mucho en volver á Oriente: esta es su patria de vm. — Es á lo menos, le dijo, la patria de mi imaginacion.— No se ria vm., repuso; esta es la verdadera patria de vm., la patria de sus padres. Ahora estoy segura de ello; mire vm. su pie.— No veo en él, le dije, mas que el polvo de esos senderos que le cubre, y de que me avergonzaria en un salon de Europa: — No, no es eso, prosiguió: — mire vm. su pie: — ni yo misma lo habia reparado. — Mire vm.; el empeine es muy elevado y cuando el pie está posado en el suelo, deja entre el talon y los dedos un espacio suficiente para que pase el agua por él sin mojarle. — Ese es el pie del Arabe, el pie del Oriente; vm. es un hijo de estos climas, y ya está cercano el dia en que cada cual volverá á la tierra de

sus padres. — Nos volveremos á ver. — Entró entonces un esclavo negro, y postrándose delante de ella, la frente sobre la alfombra y las manos sobre la cabeza, le dijo, algunas palabras en árabe. — Vaya vm., me dijo; ya está dispuesta la comida; coma vm. aprisa y vuelva pronto; voy á ocuparme en vm., y á ver mas claro en la confusion de mis ideas acerca de su persona y su porvenir de vm. Yo nunca como con nadie; vivo muy sobriamente; pan y un poco de fruta, á las horas en que se deja sentir la necesidad, me bastan, y no debo poner á un huésped á mi regimen. — Condujéronme á una glorieta de jazmin y adelfa, á la puerta de sus jardines, donde estaba puesta una mesa para M. de Parseval y para mí; comimos muy aprisa, pero lady Ester no esperó á que acabáramos, y envió á Leonardi á decirme que me aguardaba. — Acudí al instante y la encontré fumando una larga pipa oriental; me hizo traer otra. Ya estaba yo acostumbrado á ver fumar á las mugeres mas elegantes y hermosas del Oriente, y no me chocaban en manera alguna aquella graciosa é indolente actitud ni aquel aromático humo que se exhala en leves columnas de los labios de una hermosa, interrumpiendo la conversacion sin enfriarla. — Mucho tiempo hablamos así sobre el asunto favorito, sobre el tema único y misterioso de aquella mu-

ger extraordinaria, moderna maga, que recuerda enteramente las famosas magas de la antigüedad! — Circe de los desiertos. — Parecióme que las doctrinas religiosas de lady Ester eran una mezcla habil, aunque confusa, de las diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado á vivir; misteriosa como los Drusos, cuyo secreto místico ella sola acaso conoce en el mundo; resignada como el musulman, y fatalista como él; con el judío, aguardando el mesías, y con el cristiano, profesando la adoracion de Cristo y la práctica de su caritativa moral. Añádanse á esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginacion teñida de Oriente y acalorada por la soledad y la meditacion, algunas revelaciones, tal vez, de los astrólogos árabes, y se formará una idea de aquel singular y sublime compuesto que es mas cómodo llamar locura que analizar y comprender. — No, esta muger no está loca. — La locura, que se escribe en caracteres harto evidentes en los ojos, no está escrita en su hermosa y recta mirada; la locura, que se revela siempre en la conversacion, cuyo hilo corta siempre con arranques bruscos, desordenados, escéntricos, no se percibe ni aun remotamente en la conversacion elevada, mística, nebulosa, pero sostenida, lógica y vigorosa de lady Ester. — Si yo hubiera de pronunciar un

juicio, diria mas bien que es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce á sí misma, y que tiene sus razones para parecer locura.— La poderosa admiracion que su genio ha ejercido y ejerce todavia sobre las poblaciones árabes que rodean las montañas, prueba suficientemente que esa supuesta locura no es mas que un medio. Los hombres de esta tierra de prodigios, estos hombres de las rocas y de los desiertos; cuya imaginacion es mas colorada y brumosa que el horizonte de sus arenas ó de sus mares, necesitan la palabra de Mahoma ó de lady Stanhope! ; Necesitan el comercio de los astros, las profecías, los milagros, la segunda vista del genio!— Lady Stanhope lo ha comprendido, primeramente por la alta capacidad de su inteligencia, verdaderamente superior; luego, tal vez, como todos los seres dotados de vastas facultades intelectuales, ha acabado por seducirse á sí misma, y por ser la primera neófita del símbolo que se habia creado para otros.— Tal es el efecto que esta muger ha producido sobre mí; no se la puede juzgar ni clasificar con una sola palabra; es una estatua de inmensas dimensiones que no se puede juzgar mas que desde su punto de vista.— No me sorprenderia que algun dia, no lejano, realizase una parte del destino que se promete á sí misma, un imperio en la Arabia, un trono en

Jerusalen!—La menor conmocion política, en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ese grado.— No tengo sobre ese punto, le dije, mas que una reconvencion que hacer á su genio de vm., y es la de haber sido demasiado tímido con los sucesos y no haber empujado bastante á su fortuna hasta donde podia conducirla.— Vm. habla, me respondió, como un hombre que cree todavia demasiado en la voluntad humana, y no bastante en el irresistible imperio del destino solo; mi fuerza reside solo en él. Yo le espero, no le llamo; voy envejeciendo, mi caudal ha disminuido mucho, ahora me hallo sola y abandonada á mí misma sobre esta roca desierta, espuesta á ser presa del primer atrevido que quisiera forzar mis puertas, rodeada de un puñado de criados infieles y de esclavos ingratos que me despojan todos los dias y á veces amenazan mi vida; no hace mucho que se la debí á este puñal, del que tuve que servirme para defender mi pecho de un esclavo negro á quien he criado! Pues bien, en medio de todas estas tribulaciones, soy feliz; á todo respondo con la palabra sagrada de los musulmanes: ¡Alá Kenim! ; la voluntad de Dios! y aguardo con confianza el porvenir de que le he hablado á vm., y del que quisiera inspirarle la certidumbre que debe vm. tener.

Después de haber fumado varias pipas y tomado varias tazas de café que nos traían los esclavos negros de cuarto en cuarto de hora:—Venga vm., me dijo, que quiero llevarle á un santuario donde no dejo penetrar á ningun profano; hablo de mi jardin.— Llegamos á él bajando unos escalones, y recorrí con ella, verdaderamente encantado, uno de los mas hermosos jardines turcos que he visto todavía en Oriente.— Sombrios emparrados, cuyas bóvedas de verdura sostenian, como millares de arañas, las espléndidas uvas de la tierra prometida; kioskos en que los arabescos esculpidos se entrelazaban con los jazmines y las plantas rastreras, enredaderas del Asia; estanques adonde un agua artificial, es cierto, iba desde una legua á murmurar y alzarse en los caños de marmol; calles de arena ribeteadas de todos los árboles frutales de Inglaterra, de Europa, de aquellos hermosos climas; verdes praderas sembradas de arbustos, y de compartimentos de tiestos de marmol cubiertos de flores nuevas para mis ojos:— tal era aquel jardin. Sentámonos en varios de los kioskos que le adornan, y nunca la inagotable conversacion de lady Ester perdió el tono místico y la elevacion de argumento que habia tenido por la mañana.— Una vez que el hado, me dijo enfín, le ha enviado á vm. aquí, y que una simpatía tan admirable en-

tre nuestros astros me permite confiarle á vm. lo que ocultaria á tantos profanos, venga vm. que quiero hacerle ver con sus ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino solo es conocido de mí y de mis adeptos;— las profecías del Oriente le habian anunciado hace muchos siglos, y vm. mismo va á juzgar si se han cumplido esas profecías.— Abrió, esto diciendo, una puerta del jardin que daba sobre un pequeño patio interior donde ví dos magníficas yeguas árabes de primera raza y de una rara perfeccion de formas.— Acérquese vm., me dijo, y mire esa yegua baya; vea si la naturaleza no ha consumado en ella todo lo que está escrito acerca de la yegua que ha de llevar sobre sus lomos al mesías:— nacerá ensillada.— Vi en efecto en aquel hermoso bruto un capricho de la naturaleza bastante singular para fomentar la ilusion de una credulidad vulgar entre pueblos semi-bárbaros:— la yegua tenia entre los cuartos delantero y trasero una cavidad tan espaciosa, y que imitaba tan perfectamente la forma de una silla turca que se podia decir con verdad que habia nacido ensillada, y salvo la falta de los estribos, se la podia en efecto montar sin que necesitase una silla artificial:— aquella yegua, bellísima por todo lo demas, parecia acostumbrada á la admiracion y al respeto que le manifestaban lady Stanhope y sus esclavos, y

presentir la dignidad de su futura mision ; nadie la ha montado nunca, y dos palafreneros árabes la cuidan y la vigilan constantemente sin perderla de vista un solo instante. Otra yegua blanca, y en mi concepto infinitamente mas hermosa, divide, con la yegua del mesías, el respeto y los cuidados de lady Stanhope ; nadie la ha montado tampoco. Lady Ester no me dijo, pero me dió á entender que, aunque el destino de la yegua blanca era menos santo, tenia tambien sin embargo un destino misterioso é importante, y creí comprender que lady Stanhope la reservaba para montarla ella el dia en que efectuase su entrada, al lado del mesías, en la Jerusalem reconquistada. Despues de haber hecho pasear un rato aquellos dos hermosos animales por un prado fuera del recinto de la fortaleza, y gozado de la admirable flexibilidad y gracia de sus movimientos, volvimos al jardin, y reiteré á lady Ester mis instancias para que me permitiese enfin presentarle á M. de Parseval, mi amigo y mi compañero de viage, que me habia seguido, á pesar mio, á su casa, y que esperaba en vano desde por la mañana un favor de que estaba tan deseoso. — Consintió al cabo en ello, y los tres pasamos juntos la tarde y parte de la noche en el saloncito que ya he descrito. Volvieron á aparecer el café y las pipas con la profusion propia del

Oriente, y pronto se llenó la estancia de una humareda tal que no veiamos á lady Stanhope sino al trasluz de una atmósfera semejante á la atmósfera mágica de las evocaciones. Habló con la misma energía, con la misma gracia, la misma fecundia, pero con infinitamente menos énfasis y misterio que cuando estaba sola conmigo, sobre asuntos menos sagrados para ella. — Supongo, me dijo de pronto, que es vm. aristócrata ; no lo dudo al verle á vm. — Se engaña vm., milady, le respondí. No soy ni aristócrata, ni demócrata ; he vivido bastante para ver las dos caras de la medalla del hombre, y para hallarlas tan vanas una como otra ; no soy ni aristócrata ni demócrata ; soy hombre, y partidario esclusivo de todo lo que puede mejorar y perfeccionar al hombre todo entero, ya haya nacido en lo alto, ya al pie de la escala social ! No estoy ni por el pueblo, ni por los grandes, sino por la humanidad entera, y no creo que exista ni en las instituciones aristocráticas ni en las instituciones democráticas la virtud esclusiva de perfeccionar á la humanidad ; esa virtud no reside mas que en una moral divina, fruto de una religion perfecta ! ¡La civilizacion de los pueblos es su fe ! — Verdad es eso, me respondió ; pero sin embargo yo soy aristócrata á pesar mio, y vm. convendrá en que, si hay vicios en la aristocracia, á lo menos

hay al lado de ellos altas virtudes para rescatarlos y compensarlos, al paso que en la democracia veo los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos, pero busco en vano las altas virtudes. — No es eso, milady, le dije; por ambas partes hay vicios y virtudes, pero en las altas clases, hasta esos mismos vicios tienen un lado brillante; en la clase inferior, por el contrario, esos vicios se manifiestan en toda su desnudez, y hieren mas el sentimiento moral en la mirada que los contempla; la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho; — pero en realidad de verdad, el mismo vicio es mas vicio en el hombre rico, elevado é instruido, que en el hombre sin luces y sin pan, — porque en uno el vicio es de elección, en el otro, de necesidad: — despreciémosle pues donde quiera, y mas aun en la aristocracia viciosa; y no juzguemos á la humanidad por clases sino por hombres; los grandes tendrian los vicios del pueblo si fueran pueblo, y los pequeños tendrian los vicios de los grandes, si fueran grandes! La balanza es igual, no pesemos. — ¡Bien! será así, me dijo, pero déjeme vm. creer que es vm. aristócrata como yo; me seria doloroso creerle á vm. del número de esos jóvenes franceses que levantan la espuma popular contra todas las ilustraciones que han hecho Dios, la naturaleza y la sociedad, y que derriban

el edificio para formarse, con sus ruinas, un pedestal para su envidiosa bajeza! — No, le dije, tranquilícese vm.; no soy de esos hombres; solo soy de los que no desprecian lo que está debajo de ellos en el orden social, aunque respetando siempre lo que está encima, pero cuyo deseo ó cuyo sueño seria llamar á todos los hombres, independientemente de su grado en las gerarquías arbitrarias de la política, á la misma luz, á la misma libertad y á la misma perfeccion moral! Y pues que vm. es religiosa, pues cree que Dios ama igualmente á todos sus hijos, y espera un segundo mesías para enderezar todas las cosas, sin duda piensa vm. como ellos y como yo. — Sí, repuso, pero yo ya no me ocupo en política humana; ya he visto bastante, demasiado en los diez años que he pasado en el despacho de M. Pitt, mi tio, cuando todas las intrigas de Europa venian á resonar al rededor de mí; — joven, he despreciado á la humanidad, y no quiero volver á oír hablar de ella: todo lo que hacen los hombres para los hombres es infructuoso, las formas me son indiferentes. — Y á mí tambien, le dije. — El fondo de las cosas es Dios y la virtud. — Exactamente lo mismo pienso yo, le respondí, con que así no hablemos mas de ello, pues estamos de acuerdo.

Pasando á asuntos menos graves, y bromeando